

perfecta: la de nuestros abuelos; y de una moral en franca descomposición, nefasta e intolerable: la de nuestros padres y la nuestra: la moral de la post-guerra.

Y si todos los dictados del código deontológico médico han de fundamentarse en la moral, no será ocioso pedir que se determine si debemos atemperarnos a aquella o a esta moral de nuestros días, objeto de tan enconadas acusaciones. Este examen nos llevaría sin duda a muy dilatados razonamientos que agotarían nuestro tiempo y vuestra paciencia. Pero no ha de rehuirse por ello la concreción del propio criterio, que engarzaremos en el hilo de esta charla.

"Catástrofes" biológicas de la moral

Para nosotros, ni existen múltiples morales a la medida o al gusto de las generaciones ni de los monopolios que de ella pretenden hacer algunos, ni la moral es, desde luego, una concepción dogmática rígida, inflexible, incapaz de nuevos perfeccionamientos y, por tanto, de superaciones. Como no lo es ningún código acordado por los hombres, por santas que sean las fuentes en que éstos se inspiren. Científicamente, nadie puede admitir el estatismo de las cosas vivas. Y la moral es cosa viva eternamente y, por lo mismo, eternamente sujeta a mudanza. La Biología nos enseña que la transformación es inherente a la existencia activa. Ni las partículas minerales dejan de movilizarse obedeciendo a las influencias electrónicas, ni a través del tallo deja de circular la savia para dar a la planta, con nuevos brotes, nuevas morfologías, ni la neurona deja de buscar sus conexiones para ejercer su noble función de vida. Grandes mudanzas geológicas, que son la expresión de esta inextinguible vitalidad de la naturaleza, hacen que donde existían montañas espléndidamente bellas surjan otras de no menos espléndida belleza. Y a esto llamamos "catástrofes". Mudanza, ansias de superación universal, ven el biólogo, el sociólogo y el artista en estas "catástrofes". Así la moral, que no es cosa muerta, que no podrá jamás serlo, experimenta sus mudanzas a veces catastróficas y rechaza de sus esencias todo el peso muerto que las generaciones quisieron erróneamente acumularle y se incorpora nuevos principios siempre en consonancia con las necesidades cósmicas naturales, de exigencias económicas hacia una mejor organización humana, cuyo fin es realmente su única razón de existencia.

No es desdeñable la moral que, en época catastrófica, pugna por elevarse depurándose, ni es prudente situarse en contra de la marcha de los tiempos que nos arrollarán sin remedio. La moral que guiaba los pasos en el ejercicio profesional de nuestros abuelos, llenaba ampliamente para ellos las exigencias de su momento histórico. Sobre la moral de aquel día triunfaba, como sobre la de nuestro momento, el eterno principio del bien y del mal, ajustador y juez de las conductas. No era, pues, su moral ni peor ni mejor que la nuestra ni es necesario que se nos muestren espejos cuyo azogue fué deteriorado por el tiempo.

Ni sacerdotes ignorantes ni profesionales metalizados

Prácticamente no hay, en fin, por qué añorar el tipo de médico-sacerdote ignorante o empírico. Pero sí es absolutamente preciso evitar que prospere el tipo de médico-inteligente, científico y metalizado que en medio de la gran crisis económica de la sociedad actual pugna por imponerse exaltado hasta el desvarío